tín, y que en ella combate el paganismo de una manera que nada deja de desear, combinando con admirable acierto los datos de la historia con profundas reflexiones filosóficas, los principios de moral con las pruebas de la religión cristiana, y todo con una elocuencia dulce y persuasiva á la vez.

La Ciudad de Dios, como lo indica su título, es la sociedad de los buenos, de la cual pasa el santo doctor á la *Ciudad del Demonio*, que es la de los malos, consiguiendo con este notable contraste poner en evidencia el bien ó el mal que se sigue de pertenecer á la una ó á la otra.

En el año 418, se celebró un concilio general en Cartago (Africa) contra los pelagianos y Agustín se mostró, como en ocasiones anteriores, tan ardiente enemigo de la herejía que aquellos sustentaban, ya por medio de la palabra, ya en los nueve artículos escritos por él por este motivo, que ha merecido el hermoso título de *Doctor de la Gracia*. De su ciencia, de su profunda sabiduría puede juzgarse sabiendo que los más respetables Obispos y los Pontífices de su tiempo, cuando á él se dirigían le nombraban su querido Maestro.

Esta lumbrera insigne de la Iglesia vivía en la mayor humildad y modestia y era en lo caritativo un modelo y su comida se reducía á verduras y legumbres. Moraban en su compañía (como ya se ha dicho) los clérigos familiares vistiéndose y alimentándose en mancomun y jamás frecuentó en su casa ninguna mujer ni aún su propia hermana, y él únicamente visitaba á los pobres, huérfanos y enfermos, procurando mantener una saludable disciplina entre los eclesiásticos. No obstante la rigidez de sus costumbres austeras, el cielo permitió conservar su vida hasta